

## PALABRAS DE LOS GRADUADOS EN LENGUAS MODERNAS Y SUS LITERATURAS, ESTUDIOS SEMÍTICOS E ISLÁMICOS Y LITERATURA GENERAL Y COMPARADA DE LA PROMOCIÓN 2013-14

Buenas tardes, en primer lugar queremos agradecer a nuestras familias, amigos y profesores su compañía en este día tan especial para nosotros y todo el apoyo que nos han brindado.

¡Ser o no ser filólogo, es la cuestión! Hace ya cuatro años que nuestra aventura comenzó. Dudando, con un futuro incierto nos sumergimos en la aventura de la literatura y la lingüística. Pasión, vocación, locura dirán otros. Así como los libros te recomiendan a las personas, ciertas carreras crean un vínculo antes incluso de compartir las primeras palabras. Nuestra predilección por la palabra escrita nos ha unido en este interminable recorrido. Rodeados de libros, imaginando, como decía Borges que el Paraíso sería algún tipo de biblioteca.

“Oh, vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza” leyó Dante al descender al Infierno. Y con este desmoralizante mensaje nos recibieron algunos en nuestro primer año. Miles de veces habremos oído: ¿Y para qué sirve tu carrera? El ser humano cree necesitar saber por qué hace lo que hace, hacia donde dirige sus pasos. Una filología representa un amor por una lengua, por una cultura, por una tradición. ¿Para qué sirve? Preguntan unos, pues contestemos que una filología sirve para saciar nuestra ansia de conocimiento, sirve para entender nuestro entorno, sirve para hacerlo nuestro. Una filología es una carrera en solitario que en muchos momentos te recuerda, como escribió el gran Conrad que “vivimos igual que soñamos: solos”. Muchas horas hemos pasado en silencio, inmersos en un libro, muchas otras reflexionando con la mirada puesta en el vacío, y demasiadas memorizando fechas para, por cierto, volver a olvidar la gran mayoría después del examen. Somos individuos aislados que hemos decidido dedicar nuestro tiempo a un continuo aprendizaje.

Durante este pedregoso camino hemos contado también con muy buena compañía. Nos hemos tenido los unos a los otros, hemos disfrutado muchos momentos, hemos intentado comprender juntos lo incomprensible (y no sólo me refiero a un primer y a un segundo Wittgenstein). Hemos llorado y hemos reído. Hemos pasado muchas horas (algunos se atreverán a decir que incluso demasiadas) en la cafetería, bueno quizá más aún en ese jardín en el que no sólo se respira el olor de las flores. Nos hemos dado apoyo y, aprovechando las habilidades de unos en la lingüística y de otros en la literatura, poco a poco hemos llegado a esta primera parada del camino. Y digo parada porque hemos llegado juntos, y ahora nos

detenemos a reflexionar. Nos encontramos ahora en un jardín, en uno en el que los “senderos se bifurcan” como diría Borges, siempre recordando cómo y dónde empezamos. En esta primera etapa del viaje no debemos olvidar a nuestros profesores. Unos han sido pesadas piedras en nuestro equipaje, otros han sido las propias piedras con las que hemos tropezado. Pero luego están esos que han sido las fuentes de conocimiento que poco a poco han ayudado a ir saciando nuestra sed, esos que permanecerán para siempre con nosotros y de los que guardaremos el mejor de los recuerdos. A estos últimos quisiera agradecer la pasión que nos han transmitido, la sabiduría que han compartido y toda la ayuda que nos han dado y estoy segura seguirán dando.

Nos ha tocado vivir un momento complicado, pero como escribió Herman Hesse en *El lobo estepario*, “¿Es que hemos de prescindir de todo, de renunciar a todo espíritu, a todo afán, a toda humanidad, dejar que siga triunfando la ambición y el dinero y aguardar la próxima movilización tomando un vaso de cerveza?” Al elegir éste camino hemos demostrado que no, que creemos en el conocimiento y en la cultura. Creemos en la humanidad y su legado. Y todos y cada uno de nosotros quiere aportar su granito de arena y ayudar a construir un mundo mejor, en el que devaluemos el valor del dinero y las posesiones para enaltecer la literatura y las lenguas. Ahora nos toca seguir luchando por nuestro pequeño hueco en el mundo y gritar con orgullo: “¡Soy filólogo!”.

*Carlota Rodríguez del Rosario*

Pues bien, jóvenes filólogos, compañeros de viaje, nuestra singladura juntos acaba aquí. Echaremos de menos tantas cosas, tantos momentos buenos, tantos momentos malos. Sin embargo, no nos queríamos ir de aquí sin dedicar unas palabras al gran José Paulino o a nuestra compañera Magda, quienes lamentablemente no pueden acompañarnos hoy pero permanecen en nuestro recuerdo y qué mejor manera que citando lo último que escribió Paulino: “Desde aquí oigo pasar los trenes, uno lleva a un destino largo, otro no sé a dónde va... Pronto, uno de esos trenes será el mío. Siento que obedece a algo superior que me abraza y me consuela...”

Tampoco podríamos salir de aquí hoy, sin mencionar a una gran escritora que también se ha ido con la pluma entre las manos, un claro ejemplo de la sangre de letras y de la creación de mundos posibles. A Ana María Matute, la primera en tantas cosas, la recordamos desde aquí

con la siguiente cita: “para un escritor, no hay universidad ni escuela que enseñe lo que enseña la vida”.

En el tren del recuerdo es donde quedarán nuestros años de Facultad, cuando unos de lengua, otros de literatura, echen la vista atrás y vean los pasillos por los que deambulaban sin rumbo los días de exámenes, los sitios abandonados que un día ocuparon, las caras de compañeros de los que nunca volverán a saber o de los profesores que llenaron sus aulas con momentos míticos o de los que nos hicieron no volver a entrar.

Sin embargo, aunque a los de hispánicas nadie nos quita el dolor de no volver a ser filólogos y ser algo así como una especie de “graduados en español”. ¿Quién olvidará aquel “jóvenes filólogos”, aquel “entonse eh como si diheramo que...” o aquel “¿se entendió?”, una mítica Celestina o un malvado Rasputín o aquel académico de la RAE que quizá no te dio clase pero del que siempre hablabas o de cuando venía Antonio con cierto entusiasmo a darnos la hora? Son tantos momentos, que lamentablemente no podemos citar todos.

¿y el futuro? No sabemos, “como todos los jóvenes, nosotros, vinimos a llevarnos la vida por delante” Unos irán a un máster otros a otro, otros a ninguno. Tomaremos caminos distintos que irán a parar a distintos mares, pero ¿quién sabe dónde acabarán? Como ya dijo Machado: “caminante no hay camino, se hace camino al andar” y andaremos, filólogos, andaremos aunque las circunstancias presentes nos den pocas esperanzas, lucharemos por ver gigantes donde sólo habrá molinos.

Lo que sí os podemos asegurar es que llenaremos de humanidad el mundo tecnológico, que daremos vida a las palabras de tal forma que cojan fuerza en el corazón de la sociedad del abismo, que llenaremos de cultura la vida asegurando al ser humano que la “vida es sueño” y que la literatura es la medicina más potente para el dolor del alma.

Al fin y al cabo, todos los que estamos aquí, junto a familiares y amigos, ya podremos decir que somos filólogos que, aunque separados por multitud de diferencias, nos une lo más bello que tenemos en común, el amor a la palabra, pues como ya dijo Lope en su día: “esto es amor, quien lo probó lo sabe”.

*Nerea Ruíz*